

última palabra. Añadiría sólo que, posiblemente, el itinerario del primer Ortega sea de una importancia más indiscutible en el contexto cultural en el que nos llamamos.

En definitiva, Álvarez Gómez acierta a reconocer en los dos autores una envergadura metafísica. La sensibilidad de un gran conocedor de la historia de la filo-

sofía determina que se nos presentan conexiones históricas como la que se puede establecer entre Ortega y Hegel, que han sido poco atendidas. Textos sometidos a un fino análisis llegan a refulgir mostrando alcance y profundidad inesperados. En suma, este trabajo confirma la realidad de la presencia de Ortega en los departamentos de filosofía.

EL SISTEMA DE LA FILOSOFÍA ORTEGUIANA

PADILLA MORENO, Juan: *Antonio Rodríguez Huéscar o la apropiación de una filosofía*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, Colección El Arquero, 2004. 373 p.

JOSÉ L. ROZALÉN MEDINA

La editorial Biblioteca Nueva nos presenta en una muy cuidada edición un libro de estilo terso y atractivo, de amplio y sugerente contenido, en torno a la figura y obra de Antonio Rodríguez Huéscar (1912-1990), uno de los discípulos más directos y queridos de Ortega, libro escrito con minucioso conocimiento e íntima simpatía hacia Rodríguez Huéscar por el doctor en Filosofía Juan Padilla Moreno, investigador en el Centro de Estudios Orteguianos, perteneciente a la Fundación Ortega y Gasset.

Con toda seguridad, nos dice Padilla Moreno en su libro, fue el profesor D. Antonio Rodríguez Huéscar, nacido en Montiel (Ciudad Real), “manchego de nacimiento y de vocación”, uno de los discípulos más directos y queridos de Ortega y Gasset: “Tendría que destejer

mi vida”, llega a decir Huéscar, “para poder sacar entera la hebra orteguiana que la urde”. Así nos lo vuelve a testificar cuando recuerda cómo conoció a Ortega en aquella prestigiosa Facultad de Filosofía de Madrid y cómo fue distinguido, desde aquellos primeros momentos, y ya para siempre, con la amistad personal e intelectual del maestro madrileño. Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que el prof. Rodríguez Huéscar hizo consistir su vida entera en “una apropiación creadora de la filosofía de su maestro”; pero esto no quiere decir que repitiera de una forma académica e inerte la filosofía de Ortega, sino que trató de llevar a cabo un auténtico ejercicio de sistematización conceptual de Ortega, intentando profundizar y resolver algunos problemas que su admirado maestro dejó sin rematar.

Si tuviéramos que resumir la importancia de Rodríguez Huéscar, escribe Juan Padilla Moreno, habría que decir que sus aportaciones son hoy imprescindibles para entender muchos aspectos de la filosofía orteguiana; por ejemplo, en su

Cómo citar este artículo:

Rozalén Medina, J. L. (2005). El sistema de la filosofía orteguiana. Reseña de “Antonio Rodríguez Huéscar o la apropiación de una filosofía” de Juan Padilla Moreno. *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11), 339-342. <https://doi.org/10.63487/reo.673>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre

obra *La innovación metafísica de Ortega* (1982) aparece un amplio y enjundioso estudio sobre la crítica que la filosofía de la Razón Vital orteguiana hace del idealismo en sus diferentes formas y manifestaciones, en particular en su forma fenomenológica. Tampoco podríamos entender en toda su profundidad el concepto de perspectiva en Ortega, si no leyésemos la obra de Rodríguez Huéscar: *Perspectiva y verdad* (1985). Y esto es así porque autor manchego no es simplemente un comentador aséptico, frío, discípulo más o menos fiel del maestro, sino que es “por su rigor y penetración, verdadero modelo de una «escolástica» orteguiana posible y deseable” (p. 359), que profundiza, re-piensa y explicita algunos aspectos menos desarrollados por el maestro.

Huéscar, escribe Helio Carpintero en el “prólogo” del libro que estamos comentando, fue un hombre austero, recoleto, profundo, lamentablemente ausente de la Universidad, el cual “fue repensando y reconstruyendo el pensamiento de Ortega desde una voluntad de sistema”. El doctor Juan Padilla Moreno, autor de este ensayo, ha sabido captar perfectamente el espíritu, el temple personal e intelectual de Rodríguez Huéscar, uno de los más importantes representantes de la llamada *Escuela de Madrid*.

El libro de Padilla presenta *dos partes*: en la *primera*, se habla con profusión de datos e ideas de la vida y obra de Antonio Rodríguez Huéscar; en la *segunda*, se hace referencia de forma más minuciosa y detallada a las ideas filosóficas del autor.

Se habla en la *primera parte* (1912-1945) de su infancia, de su origen, de su

familia, de su paisaje, de su etapa formativa, de la riqueza intelectual y humana de la Facultad de Filosofía de aquellos momentos, de la Guerra Civil y su tremendo desenlace (“la guerra fue para mí particularmente asoladora”), de sus primeros libros (1945-1955): Del amor platónico a la verdad, “Sobre el origen de la actitud teórica”, “Aspectos del magisterio orteguiano...”, entre otras obras. Nos recuerda también aquí el prof. Padilla la fructífera etapa de Huéscar como profesor en el Colegio “Estudio”, centro de clara raíz institucionista, “islote de liberalismo, al que un número cada vez mayor de intelectuales y familias cultas enviaban a sus hijos” (p. 41).

Habla también Padilla Moreno en esta *primera parte* de la estancia de Huéscar en la Universidad de Puerto Rico (1956-1971) y de su importante labor académica y filosófica en aquellas tierras; de la muerte de Ortega en Madrid; del regreso de Rodríguez Huéscar a España, en donde, por fin (1958), después de haberle tenido “congeladas” durante muchísimos años unas oposiciones aprobadas en el año 1936, sin posibilidad de trabajar en la enseñanza estatal (con las consiguientes dificultades de todo tipo que esto le supuso), es nombrado profesor adjunto numerario del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Ávila. No será hasta octubre del año 1972 cuando se va a incorporar definitivamente a la docencia en España, la cual va a ir ejerciendo, hasta su jubilación definitiva, en distintos institutos españoles.

Era la de Rodríguez Huéscar una vocación filosófica “en estado puro”, y está claro que él hubiese querido dedicarse por entero a la pura meditación filosófi-

ca, más que a la enseñanza. “Tengo la impresión, para decirlo sin ambages, que mi dedicación a la enseñanza ha representado para mí una considerable pérdida de tiempo; percibo como un desajuste o desproporción entre el esfuerzo realizado y los resultados obtenidos” (p. 69). ¿ha valido la pena?, se pregunta. “Seguramente serán nuestros alumnos los que estarán en condiciones de decirlo con más justeza, y en este sentido yo debo decir que no puedo quejarme. Sin embargo, esa impresión es tan fuerte que no puedo dejar de preguntarme continuamente ¿ha valido la pena?”.

Con motivo del Centenario del nacimiento de Ortega, escribe Huéscar (p. 74): “Tres dedicaciones vocacionales colmaron, y, por lo tanto, puede decirse que constituyeron íntegramente la vida de Ortega: la de pensador, la de escritor, la de educador. Pero son vocaciones tan íntimamente vinculadas que se resumen en una sola: *la consagración de la vida a la verdad*”. Esto, que vale perfectamente para Ortega, puede aplicarse de igual forma para su discípulo Rodríguez Huéscar.

Cuando el profesor castellano muere en el año 1990, estaba escribiendo un viejo proyecto que desde el 1974 le rondaba por la cabeza: *Éthos y lógos*, o lo que es igual, “el gran tema del sentido ético de la verdad, o, para enunciarlo con más exactitud, de la posibilidad de una lógica del pensamiento ético”, (p. 75), aspecto que, según Rodríguez Huéscar, Ortega apenas había tratado.

En la *segunda parte* del libro expone Juan Padilla Moreno el desentrañamiento que Huéscar lleva a cabo de la metafísica orteguiana: La crítica del idealismo, “superación exigida por la altura de los tiempos”; la idea de perspectiva, distinguiendo

entre perspectiva “visual”, real, e intelectual, entre perspectiva, “prespectiva” y “prospectiva”; la aproximación a la verdad y su método...

Se aborda también aquí el tema de las condiciones de desarrollo de una lógica del pensar ético, y se trata de la vida y sus categorías, de la presencia, instancia, situación, temple... En el concepto orteguiano de verdad hay una dimensión de decisiva importancia por virtud de la cual este concepto queda radicalmente adscrito al lado ético del hombre. “El éthos no es sólo condición para el conocimiento de la realidad, sino ingrediente esencial de la realidad misma... Es el aspecto esencial de la perspectiva” (p. 176).

Si mi vida es la realidad radical, “en ella han de arraigar el lógos y el éthos, la lógica y la ética, la razón y la moralidad”... (p. 180).

No nos es posible en esta reseña tratar de otros aspectos interesantes abordados por Padilla en su libro, no siendo el menos sugestivo el tema de la *recepción de Ortega en España*. Ortega fue ocultado, despreciado, no valorado como se merece incluso entre sus seguidores: “Sobre Ortega, de su muerte acá, se ha escrito ya demasiado, y, a la vez, demasiado poco. Quiero decir: han proliferado los escritos «de circunstancias» y han escaseado los escritos esenciales” (p. 233). Hay, dice Huéscar, un peligro de “momificación” de Ortega. Lo que hay que reconocer en Ortega es la talla de un gran metafísico que “coloca en un nuevo nivel la filosofía fundamental, despejando para ella un horizonte de posibilidades inmensas”. Circunstancias *personales* (Ortega era un espíritu libre), *doctrinales* (su filosofía era novedosa y original), *históricas* (España era un país sin

tradición filosófica y las circunstancias terribles de la Guerra Civil) no favorecieron la recepción normal de su filosofía.

Un enjundioso repaso a la *historia de la filosofía* a la luz de Ortega, desde Platón a la muerte de la metafísica en el siglo XX, es otro de los capítulos finales del libro de Padilla: “El pecado capital de la filosofía occidental después de Ortega, el que ha hecho menos que improbable, no ya la aceptación, sino siquiera la verdadera comprensión de su filosofía, ha sido la renuncia a la metafísica, es decir, al planteamiento de las preguntas radicales” (p. 265).

Por otra parte, Antonio Rodríguez Huéscar, además de ser un fino comentarista de Ortega, tiene escritas páginas de verdadera belleza y originalidad: Así, por ejemplo, *Homo montialensis* (1958), especie de semblanza del alma de su tierra manchega, símbolo, en suma, del alma española, representa un libro de un alto lirismo y de una honda penetración paisajística y antropológica. Y su novela *Vida con una diosa* (1948), finalista del Premio Nadal, mereció el elogio unánime de filósofos como Ferrater Mora y Julián Marías, a pesar de que, por motivos editoriales, es prácticamente desconocida para el gran público; precisamente al hablar de esta novela, Huéscar afirma que su propósito fue “novelar en clave realista unos acontecimientos fantásticos cuya esencia significativa nos remite a un ámbito de mentalidad mítica y antigua; algo así como tratar de patentizar que en estratos profundos de nuestro ser perduran y pueden revivir misteriosamente estructuras espirituales pertenecientes a remotos estadios de la historia humana” (p. 309).

El prof. Rodríguez Huéscar dejó también escritas páginas muy sugerentes sobre el mundo de la pintura y del arte, siguiendo también en esto las huellas de Ortega. A este respecto, podemos leer su *Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Manchegos* (1988), en donde afirma que la profundidad de la obra artística no se encuentra en la superficie de las cosas, en la inmediatez de las sensaciones, sino que “se requiere para sacarla a la luz, para aprehenderla, un órgano, y ese órgano se llama concepto” (p. 325).

El estilo de Antonio Rodríguez Huéscar, escribe Padilla Moreno, en todas sus obras, es pulcro, cuidado, conciso, riguroso, noble, y, desde luego, “más que las ramas le interesan siempre las raíces”. Fue un hombre modesto, humilde, auténtico, digno, que tuvo muchísimas vicisitudes en su vida personal, que, como hemos dicho más arriba, sufrió el hachazo de la Guerra Civil española, como tantos y tantos españoles a los que aquel sangriento enfrentamiento entre hermanos partió, y en cierto modo deshizo, sus vidas personales y profesionales.

Antonio Rodríguez Huéscar trabajó con rigor, con dedicación, con una rara honestidad intelectual, cumpliendo ese requisito sin el cual, según su propia doctrina, ni el arte es arte, ni la filosofía es filosofía, ni la verdad, verdad: *la autenticidad*. En definitiva, es lo que Ortega deseaba para todas las cosas: su “salvación”. La “salvación” consiste en que “dado un hecho –un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor–, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significación”. Es lo que Huéscar hizo toda su vida con la obra de Ortega.